

La homosexualidad de Guzmán de Alfarache: una diatriba a las élites

Guzmán de Alfarache's homosexuality: a diatribe to the elites

RESUMEN: Este ensayo revisa una controversia sobre el personaje Guzmán de Alfarache de una novela del "siglo de oro español", con título homónimo, publicada en dos partes en 1599 y en 1604. El ensayo versa sobre algunos desacuerdos de décadas sobre la homosexualidad de este personaje, según los análisis de Brancaforte, Johnson, Rodríguez y Maravall. Tras un estudio adicional, se afirma finalmente esa homosexualidad y se hace la pregunta sobre qué función pudiera cumplir esta en la obra. De simplemente añadir al pícaro (y al judío converso) un vicio más por el cuál burlarse de él y marginarlo de lleno, *Guzmán de Alfarache* merecería olvidarse por promover la peor discriminación. Sin embargo, esta novela, por su forma picaresca, hace más bien de la homosexualidad y otros vicios de Guzmán atributos definitorios de las instituciones y de las élites de su época.

PALABRAS CLAVE: Guzmán de Alfarache, homosexualidad, judíos conversos, élites, picaresca.

ABSTRACT: This essay reviews a controversy about the character Guzmán de Alfarache from a "Spanish Golden Century" novel, with a homonymous title, published in two parts in 1599 and 1604. The essay is about some decades of disagreement about this character's homosexuality, according to Brancaforte's, Johnson's, Rodríguez's and Maravall's analyzes. After further study, that homosexuality is finally acknowledged, and the question is asked about what role it might play in the work. If simply adding one more vice to the rogue (and the converted Jew) in order to mock him and marginalize him completely, *Guzmán de Alfarache* would deserve to be forgotten for promoting the worst discrimination. However, due to its picaresque form, this novel rather makes homosexuality and other vices of Guzmán defining features of the institutions and elites of his time.

KEY WORDS: Guzmán de Alfarache, homosexuality, converted Jews, elites, picaresque.

Arturo Zárate Ruiz

azarate@colef.mx y
azarate1@riogrande.net.mx

El Colegio de la Frontera
Norte, México

Recibido: 25/04/2020

Aceptado: 16/06/2020

VERBUM ET LINGUA

NÚM. 16

JULIO / DICIEMBRE 2020

ISSN 2007-7319

Introducción

Guzmán de Alfarache es una novela destacada del siglo de oro español que alcanzó decenas de ediciones y múltiples traducciones al francés, alemán, italiano, inglés y latín. Junto con el *Lazarillo de Tormes*, se considera la novela más representativa de la picaresca española, una literatura muy crítica de la corrupción de su tiempo (Brancaforte, 1984; Jones, 2000; Maravall, 1986).

Este ensayo revisa la posible homosexualidad del personaje Guzmán de Alfarache, de la novela de Mateo Alemán, según un debate de hace varias décadas. En esta revisión, existe el riesgo de hacerse eco de patrones de discriminación contra homosexuales y judíos conversos en la España del siglo XVII. Aun así, en el contexto de cierta literatura de dicha época, en que eran comunes los retorcimientos conceptistas y culteranos, y en el contexto de la novela picaresca, se puede esperar que la burla y censura de esta novela no se quede en grupos marginales sino alcance a muy diversas instituciones y en especial a las élites de entonces.

Así, en este artículo se retoma la controversia sobre la homosexualidad de Alfarache y se advierte cómo las burlas aplican tanto a los homosexuales como a los judíos conversos. Pero, en el análisis, se explica cómo se sirve Mateo Alemán de la forma picaresca para que sus burlas sean sobre todo una crítica de la sociedad y élites de su época.

La identificación de

Guzmán de Alfarache como homosexual
Algunos autores identifican la homosexualidad de Guzmán de Alfarache en su desempeño en algunos episodios de la na-

rración, en su comportamiento, labores y apariencia que socialmente se considerarían feminoides, e inclusive en su herencia judía (prejuicio xenófobo de la época). Refuerzan su opinión en las reacciones psicológicas de Guzmán, quien excusándose se acusa, y despistando confirma, según estos autores, que es homosexual (Brancaforte, 1980; Johnson, 1976; Rodríguez, 1980).

Entresacando algunos pasajes, Rodríguez concluye en el afeminamiento de Guzmán: “[Guzmán] ‘por ativa y por pasiva’, enajena su cuerpo, no una sino muchas veces: con el Embajador, con Favelo, con el cómitre y con el caballero de la galera” (Rodríguez, 1980: p. 168). Brancaforte coincide en que los episodios del cómitre, del embajador, del capitán Favelo, y del caballero pariente del capitán de la galera son reveladores de la homosexualidad de Guzmán (Brancaforte, 1980: pp. 60-67, 94, 118). Johnson por su parte ve en los episodios de Alcalá y del capitán Favelo evidencia para lo mismo (Johnson, 1976: pp. 202-207). Brancaforte y Johnson detallan sus puntos ofreciendo testimonio textual. En particular, Brancaforte explica:

Tenemos que detenernos en la amistad tan íntima que se desarrolla entre el cómitre y Guzmán, ya que el lenguaje ambiguo empleado en la descripción de dicha amistad revela una relación entre amantes más bien que una relación entre servidor y amo. (Brancaforte, 1980: p. 64).

Según repara Brancaforte, Guzmán busca al cómitre porque necesitaba un “ángel de la guarda”, de tal modo que “puse los ojos en quien pudiera serlo mío

y, después de muy bien considerado, no hallé cosa a cuento como el cómitre, por más mi dueño” (Brancaforte, 1980: p. 64). Brancaforte observa que la respuesta del cómitre no fue tardía: “a pocos días ya ponía los ojos en mí”, un lenguaje propio de enamorados (Brancaforte, 1980: p. 65). Brancaforte además nota que la amistad del cómitre con Guzmán llega a ser tan fuerte que azota a otros reos por, dice Guzmán, “el amor que me tenía” (Brancaforte, 1980: 65), y nota que el cómitre convierte a Guzmán en su confidente y le habla con una ambigüedad que sugiere su práctica de la homosexualidad con otros reos:

—Guzmán, pues tienes letras y sabes, ¿no me dirás qué será la causa que habiendo Fermín entrado en galera robusto, gordo y fuerte y habiéndole procurado hacer amistad, teniéndole en mi servicio, no teniendo bocado que con él no lo partiese, tanto se desmedra más, cuanto yo más lo acaricio? (Brancaforte, 1980: p. 65)

Pero Guzmán no se desmedra como Fermín. Guzmán, nota Brancaforte, destaca por las atenciones con que corresponde al cómitre, tantas que “ya no quería que otro le sirviese las cosas de su regalo, sino yo”. ¿Cuáles eran esos servicios de Guzmán al cómitre?, entre otros “Matábale de noche la caspa —cita Brancaforte (1980: p. 65)— traíale las piernas, hacíale aire, quitábale las moxas... Siempre le tenía prevenidos dichos graciosos con que provocarle la risa”.

Respecto a la relación entre Guzmán y el capitán Favelo, Brancaforte cita: “Sucedíome muy bien, porque desde que dél

entendí a lo cierto su dolencia, se me representó mi remedio, y hallé haber sido aguja de que había de sacar una raja”. Y cita:

Nunca de allí adelante dejó mi amistad y lado. Y supliqué que se sirviese de mi persona y mesa y, aunque aquésta no le faltaba, lo acetó por mi solo gusto. Siempre lo procuré conservar y obligar. Llevábame a su galera, traíame festejando por la marina, cultivándose tanto nuestro trato y amistad, que si la mía fuera en seguimiento de la virtud, allí había hallado puerto; mas todo yo era embeleco. (Brancaforte, 1980: pp. 62-63).

“Embeleco” tiene la doble connotación de “mentiras” y de “afeminamiento”, precisa Brancaforte, quien de nuevo cita: “Comunicábamos muy particulares casos y secretos... entre nosotros corrían cosas de amores: el paseo que di, el favor que me dio, la vez que la hablé, y cosas a estas semejantes” (Brancaforte, 1980: p. 63).

Brancaforte y Johnson citan otro pasaje sobre la relación de Guzmán y Favelo como indicativa de homosexualidad: “Fuíme a dormir a galera con el capitán Favelo, mi amigo. No será posible decirte con palabras de la manera que aquella noche me sacó de Génova, el regalo que me hizo, la cena que me dio y la cama que me tenía prevenida” (Brancaforte, 1980: p. 64; Johnson, 1976: p. 207). Brancaforte remarca “El énfasis en... la cama... y la impaciencia de Guzmán que no quiere hablar de sus negocios al capitán (Brancaforte, 1980: p. 64):

Preguntóme cómo dejaba hecho mi negocio. Díjele que muy a mi satisfac-

ción y que después le daría más por menudo cuenta de lo que me había pasado. (Aleman, 1984b: p. 244).

Guzmán posterga su relación sobre sus negocios “para después de cenar e irse a la cama”, enfatiza Brancaforte (1980: p. 64), “[s]u impaciencia podría compararse a la que tendrían los novios en su luna de miel”. Johnson a su vez considera como homosexual que cuando Guzmán deja a Favelo, este último “llególe al alma perder mi compañía” (Johnson, 1976: p. 207).

La estancia de Alfarache en Alcalá la considera Johnson también indicativa. Según nota Johnson, Guzmán entonces se describe a sí mismo como la ya madura mujer de Peñaranda, pone marcado énfasis en irse a vivir con muchachos más jóvenes que él y reconoce que tal comportamiento daría pie a habladurías (Johnson, 1976: p. 206).

Brancaforte, Johnson y Rodríguez identifican en Guzmán algunos comportamientos que socialmente se consideraban feminoides en la España del siglo XVII. Para Brancaforte, el pulimento en el vestirse de Guzmán es signo de afeminamiento, especialmente cuando sirve al embajador. Por ello, Brancaforte cita a Guzmán describiéndose a sí mismo como uno de esos “pajecitos pulidetes” y como “Adonis pulido”, de quien todos murmuraban y de quien se sospechaba toda vileza (como ocurrió alguna vez con el papá de Guzmán y como Guzmán, con base en la herencia, predijo que ocurriría con él) (Brancaforte, 1980: p. 61). Brancaforte, Johnson y Rodríguez coinciden en que la herencia judía de Guzmán era signo en la prejuiciosa España de hermafroditismo (Brancaforte, 1980: pp.

60-62; Rodríguez, 1980: p. 161; Johnson, 1976: pp. 166, 202-203): “There was at this time an automatic association in the Spanish mind between Italians, homosexuality, and Jewishness (Johnson, 1976: p. 166).

El padre de Guzmán es judío, italiano y además bastante pulido en su apariencia, con un gran copete y las sienas tan ensortijadas que le daba qué pensar a la gente de que “se valía de untos y artificios de sebillas” que eran “actos afeminados maricas”, según analizan Brancaforte (1980: p. 60) y Johnson (1976: p. 102). Ya desde el primer capítulo de la primera novela, dicen estos autores, al padre de Guzmán se le identifica con el monstruo hermafrodita de Rávena (Johnson, 1976: p. 203; Brancaforte, 1980: pp. 160-161).

Johnson nota además que Guzmán se esfuerza por disociarse de su padre, tras repasar la genealogía y los comportamientos paternos. Lo que Guzmán logra, dice Johnson, es más bien confirmar su identidad con su papá. La homosexualidad sería un paralelismo más entre muchos otros (Johnson, 1976: pp. 199-206). La disociación no es posible, concuerda Brancaforte, porque el mismo Guzmán cree que “la sangre se hereda y el vicio se apega” (Brancaforte, 1980: p. 62). Que la fuerza del linaje es determinante, se refrenda en las extrañas asociaciones que establece Guzmán tras comer carne de mulo: “casi era comer de mis propias carnes”, diría; un animal en que son confusos tanto su sexo como su linaje (Brancaforte, 1980: p. 94).

Brancaforte añade a su lista de identificaciones de homosexualidad los oficios que, dentro de su marco social, Guzmán desempeña: no son propios de un varón. Para tener contento al cómitre, por ejem-

plo, Guzmán se esfuerza en “servirlo a la mesa, como en armarle la cama, tenerle aderezada y limpia la ropa [...] hacer medias de punto [...] botones de seda [...] palillos de dientes muy graciosos”, en lugar de remar en las galeras como rudo reo que se suponía que era. Para Brancaforte (1980: p. 65), esos oficios eran signo de su afeminamiento.

Tanto Brancaforte como Johnson también detectan homosexualidad en Guzmán de Alfarache al abordarlo no como personaje sino como narrador. Johnson señala que, como narrador Guzmán se esfuerza tanto en negar el cargo de afeminamiento u homosexualidad, que en su negación acaba por confirmarlo. Johnson se refiere a las explicaciones no pedidas con las que Guzmán intenta defenderse a sí mismo y a su padre de las murmuraciones (Johnson, 1976: p. 202). Brancaforte diría que quien se excusa se acusa:

[Guzmán] nos presenta un punto, lo que murmura la gente, nos ofrece luego el contrapunto, su testimonio de la fealdad de la murmuración; pasa entonces al relato en sí que comprueba y da consistencia al punto original que se suponía iba a contradecir y rechazar [...] Es una dialéctica al revés, en que el punto de partida se deja momentáneamente, no para superarlo, sino para recalcarlo [...] la excusa [...] contra la acusación [...] admite luego que siempre hay excepciones. (Brancaforte, 1980: pp. 159-160).

Estos esfuerzos anticipados por negar la homosexualidad los ve Brancaforte (1980: p. 160) particularmente en el frag-

mento del monstruo de Rávena. Y lo ve en referencias que Guzmán, como narrador, se refiere a sí mismo como personaje:

[Guzmán] comienza la frase con una expresión que indicaría sin duda alguna una relación homosexual, pero las frases que siguen despistan y sugieren que Guzmán contaba las aventuras amorosas que habría tenido con mujeres. La voluntad de despistar significaría que había algo que encubrir (Brancaforte, 1980: p. 63).

Brancaforte ejemplifica también este esfuerzo por despistar con las relaciones de Guzmán con Favelo, primero evidentes por el sugerente lenguaje y situaciones, y luego como negadas al revestir el lenguaje amoroso entre Favelo y Guzmán como si fueran confidencias sobre sus aventuras con mujeres (Brancaforte, 1980: p. 63).

El rechazo de la identificación homosexual

Según José Antonio Maravall, “No me parecen en modo alguno convincentes las razones en las que B. Brancaforte se apoya para sostener aspectos de homosexualismo en el Guzmán” (Maravall, 1986: p. 682). Para Maravall, los pícaros tienen cierto rango de libertades contra la marginación social, entre ellos el juego y las ardidés del fraude, los hurtos con industria, la usurpación social, la ostentación con fines de engaño, la agresión económica y la lucha por el dominio entre los sexos, la violencia controlada, la ruptura con su entorno, un individualismo exagerado que hacen del pícaro un vagabundo, el miedo por el engaño. En cualquier caso, las libertades del pícaro tie-

nen un límite para Maravall, que la agresión picaresca no destruya al agresor:

en el pícaro se da una inhibición que le hace detenerse al llegar a un nivel de violencia determinado. De lo contrario, desencadenaría una respuesta represiva de la sociedad que acabaría con él o una guerra de todos contra todos que destruiría todo el grupo desde dentro de él mismo. (Maravall, 1986: p. 605).

Para Maravall, si por medio del erotismo existe una reacción agresiva contra la marginación social, se ha de dar dentro de la relación hombre-mujer porque el rango de movilidad del pícaro no le permite más. Podrá darse la irregular tensión hombre-mujer por la nueva vida aburguesada del barroco, podrá prostituirse esta relación y reducirse a contratos comerciales, podrá llegar a ser violenta, pero no homosexual pues, para Maravall, los criterios de la época no lo permitían (Maravall, 1986: pp. 642, 645, 682).

En un sentido divergente al de Maravall anclado en criterios culturales del siglo XVII, se podría negar también la homosexualidad de Guzmán de Alfarache, pero ahora anclados en algunos análisis textuales también divergentes respecto a Brancaforte, Johnson y Rodríguez. Atendiendo al texto, Guzmán no tiene empacho en referirnos con claro detalle conductas de lo más censurables en su época, por ejemplo, el prostituir a su esposa Gracia:

... mi mujer enamoraba los hombres yéndoles a tañer y a cantar a sus casas... ¡Que le consintiese visitas y aun

se las trujese a casa... que, ya que pasaba por semejante flaqueza, viniese por interés a dar en otra mayor; loar en las conversaciones, en presencia de aquellos que pretendían ser galanes de mi esposa, las prendas partes buenas que tenía, pidiéndole y aun mandándole que descubriese algunas cosas ilícitas, pechos, brazos, pies y aun y aun... —quiero callar, que me corro de imaginarlo —para que vieses si era gruesa o delgada, blanca, morena o roja (Alemán, 1984b: p. 413).

Guzmán ni calla ni disfraza sus fechorías: latrocinios, mendicidad, su violencia contra otros, sus robos, las humillaciones que sufre por sus amos, por otros villanos y por prostitutas, las vejaciones que padece incluso por parte de animales y objetos asquerosos inanimados, en fin, lo peor, sus sacrilegios, como el robo de las limosnas contra un pío frailecito (Alemán, 1984b: p. 424). Cuando narra estas infamias, Guzmán usa un lenguaje que no se presta a dobles interpretaciones. Su ruindad y sus vergüenzas las presenta con precisión y ostentación. No así los pasajes donde Brancaforte, Johnson y Rodríguez ven homosexualidad en él. ¿No será así porque no se habla después de todo de ninguna homosexualidad, aun cuando pudiera hacerlo pues de temas “prohibidos” ya ha hablado?

¿Porque es tema prohibido la homosexualidad? No lo es, pues Guzmán refiere las acusaciones que se hacen a su padre de “actos de afeminados y de maricas” como la “sodomía”, y explica el porqué de esas acusaciones, aunque procure, hasta cierto punto, negarlas (Alemán, 1984a, pp. 118, 120).

Ciertamente hay pasajes que pudieran interpretarse en un sentido homosexual, en lo que concierne a Guzmán mismo, como los masajes suyos a las piernas del cómitre. Con todo, ¿tiene uno que renunciar por eso a la literalidad? ¿No puede uno leer el pasaje y entender que Guzmán simplemente le dio masajes, cuanto más que el trabajo del cómitre es muy rudo, darle de latigazos a los remeros? ¿No se le da masaje en las piernas a los deportistas y no por ello uno infiere una relación gay? Si Guzmán no tiene empacho en detallar con claridad sus propios sacrilegios y las acusaciones de homosexualidad a su padre, ¿por qué debería sufrir empacho de confesar su propia homosexualidad? ¿Hasta qué punto el lector de la edición de Brancaforte sospecha del homosexualismo porque Brancaforte mismo impuso esa misma lectura en sus notas a pie de página? ¿Hasta qué punto, sin esas notas a pie de página, el lector entendería simplemente que Guzmán cuenta a Favelo sus conquistas de mujeres en lugar de intentar conquistarlo a él? Por siglos no pocos críticos, aun recientes, cuando mucho reconocen la homosexualidad del padre de Guzmán (Zea, 2013: pp. 294-295), o la tensión erótica entre varones cuando Guzmán viaja sólo con hombres en las galeras (Vila, 2016: p. 135). Autores nada ingenuos de apenas una generación posterior a Alemán, como lo es Baltasar Gracián, recomendaron *Guzmán de Alfarache* como “el mejor y más clásico español” y como “célebre y erudito libro [...] por su sazónada y profunda enseñanza” (Gracián, 1944: pp. 170, 283).

De nuevo, la homosexualidad de Guzmán Negar la homosexualidad de Guzmán de Alfarache en gran medida descansa en el

supuesto de que no se podía hablar de este tema en la España del siglo XVII. Es la tesis de Maravall. Pero no fue después de todo un tema prohibido, sino incluso un recurso cómico frecuente en el teatro de la época, según el estudio Ramón Martínez (2011). Esta negación puede darse también por no ser contundente la homosexualidad de Guzmán en el libro, como he intentado considerarlo. Pero buscar allí siempre claridad es olvidar su estilo culterano y conceptista, precursor de los retorcimientos barrocos, donde el lector erudito, según prescribiría Carrillo y Sotomayor (1987), sabría, por poner ejemplos, que el monstruo de Rávena, con quien Guzmán identifica a su padre, es hermafrodita (Alemán, 1984a: pp. 119-120), y reconocería que Adonis, con quien Guzmán se identifica a sí mismo, posee una belleza ambigua, más aun cuando hay “murmuración” porque hay “sospechas, donde no faltan hechas” (Alemán, 1984: p. 60). Es posible, pues, continuar con una lectura que afirme esa homosexualidad, cuanto más, que hacerlo sirve menos para dicho propósito que para apreciar la amplitud de la censura de Mateo Alemán a las instituciones y élites de su tiempo.

Relaciones homosexuales

Sobre la homosexualidad de Guzmán, Brancaforte la detecta también en las reflexiones de Guzmán próximas a su “dudosa” conversión, según Brancaforte. Guzmán repasa entonces su solicitud con el cómitre: “Andas desvelado, ansioso, cuidadoso, solícito en buscar invenciones con que acariciarlo para ganarle la gracia. Que, cuando conseguida la tengas, es de un hombre y cómitre” (Brancaforte, 1980: p.

66). Brancaforte y Rodríguez también ven esa homosexualidad en el trato de Guzmán con el pariente del capitán de la galera (Rodríguez, 1980: p. 168; Brancaforte, 1980: p. 118), aunque no detallan que ese pariente, un sujeto que le huía al matrimonio, “cuando le dijeron mis partes [...] no vía ya la hora de que me pasasen a popa” y, una vez ante Guzmán, “holgóse de verme, porque correspondían mucho mi talle, rostro y obras” (Alemán, 1984b: p. 466); Guzmán entonces lo sirve no sólo a la mesa sino también en “el aposento”, se convierte en su confidente, e incluso duerme junto a él, no obstante la distancia social: él pariente, un caballero; Guzmán, un reo de galeras (Alemán, 1984b: pp. 466-468).

Algo similar ocurre con el embajador, un hombre, sí, “enamorado” (Alemán, 1948b: p. 54), en lo cual no habría “tan gran delito” cuando “los fines no son deshonestos”, pero “en mi amo, juzgábase a mala parte: habían excedido y traspasado la raya, de que me cargaban a mí lo malo dellos, achacándome que después que yo le servía, tenía legrado el caxco y le sonaban dentro caxcabeles, lo cual no se le había sentido hasta entonces”. Y Guzmán precisa: “Bien pudo ello ser así, que con mi calor brotase pimpollos” (Alemán, 1984b: p. 57), una expresión que usa Guzmán para describir el enamoramiento de Ozmín por doña Elvira (Alemán, 1984a, p. 232). Es más, Guzmán confiesa que “por ativa o por pasiva” (Alemán, 1984b: p. 61), él es “instrumento de sus excesos” (Alemán, 1984b: p. 58). Por su escandalosa relación, Guzmán tiene que dejarlo. Sin embargo, como un enamorado, el embajador “sintió mucho mi ausencia, echóme sus brazos encima y al cuello una cadenilla de oro que

acostumbraba traer de ordinario” (Alemán, 1984b: p. 127), un trato sorprendente entre un amo y un criado.

Y trato similar y asimétrico tuvo Guzmán con varios capitanes. Del ya mencionado Favelo, Guzmán “sabía su necesidad” y “por todas vías deseaba remediársela y rendirlo” (Alemán, 1984b: p. 245). Del capitán de Almagro, que sacó a Guzmán de España, dice que “teníame por fiel y por callado [...] hízome tesorero de su secreto [...] Manifestóme su necesidad” (Alemán, 1984a: p. 354). Y añade: “¡Cuánto sentí entonces mis locuras! [...] ¿Quién me enamoró sin discreción? ¿Quién me puso galán sin moderación? [...] ¡Cuánta torpeza en seguir los deleites!” (Alemán, 1948a: pp. 351-352).

No asimétrica, pero sí ambigua, es la relación de Guzmán con Sayavedra. Previo al asalto que cometerían a un mercader, “aguardábamos [...] desnudándome Sayavedra, después de metido en la cama y no con gana mucha de dormir, que aún me desvelaban viejos cuidados” (Alemán, 1984b: p. 217), por sus recuerdos del despertar de su adolescencia, de los que hablaré más adelante.

Con su suegro, Guzmán usa el mismo lenguaje de “caricias” que aparece en su relación con el cómitre, y el lenguaje de “afición”, “deseo”, “necesidad” que aparece en los pasajes del embajador y los capitanes:

no faltó un loco que me codició para yerno, parecióle que todo yo era de comer y que no tenía pepita que desecher [...] Aquéste se aficionó de mí [...] nunca conmigo tuvo alguna pesadumbre, antes me acariciaba y con-

solaba como si fuera su hijo (Alemán, 1984b: p. 330 y 359).

Caricias de un suegro que continuaron por siete años después de muerta su hija, suegro avaro que, no obstante, para continuar con su relación con su yerno, retiene en amistad a Guzmán, y le da dinero y le paga los estudios de teología en Alcalá, donde de haber este proseguido se ordenaría como sacerdote (Alemán, 1984b: p. 384).

De este episodio, como ya se notó, Johnson cuestiona la descripción que Guzmán hace de sí mismo como “la mujer de Peñaranda”, una mujer barbuda (Johnson, 1976: p. 206). Es interesante además observar las razones de Guzmán para convertirse en sacerdote: tener “una buena camarada, estudiante de mi profesión” para que “nos ayudemos el uno a el otro” (Alemán, 1984b: p. 364). Su preocupación se concentra en todo este tiempo en si encontrará un camarada con quien convivir, o si sería preferible un pupilaje en el cual podría entenderse con numerosos jovencitos (Alemán, 1984b: pp. 364-365), preocupación que sería muy inocente de no poner Guzmán a un lado por completo a los mismos estudios sagrados que iniciaba, y si no se inscribiese esa preocupación en un contexto de amistades ambiguas a lo largo de la novela.

En la lista de amores de Guzmán podría anotarse también a Soto. Guzmán tiene grandes deseos de hacerlo su amigo desde que se conocieron en la cárcel de Sevilla. Es sobre Soto que Guzmán platica a la esclava blanca cuando le pregunta sobre sus compañeros presos. Es junto a Soto que Guzmán quiere ir herrado rumbo a las ga-

leras (Alemán, 1984b: pp. 440-448). Es con él con quien es solícito, ya en las galeras, pero nunca es correspondido:

érame de mucho gusto tener a la mano algunas cosas con que poder hacer amistades a forzados amigos. Y aunque quisiera hacérselas también a Soto, mi camarada, nunca dio lugar por donde yo pudiese entrarle. (Alemán, 1984b: p. 467).

Fracaso de Guzmán con las mujeres

Todas estas lecturas que apuntan la homosexualidad de Guzmán podrían, ciertamente, tener interpretaciones más sencillas. Por muy ambiguos que sean los textos de la novela, Guzmán podría simplemente ser el alcahuete del embajador, no su amante; relacionarse con Favelo para huir a Italia, no para hacerlo su novio; ser mozo de recámara del cómitre, no su mancebo; frecuentar a Almagro para enlistarse en la Armada, no para encamarse con él; con Sayavedra se inquietaría por su próximo atraco, no por sus ardores de adolescencia; su suegro sería sólo un padre cariñoso, no voluptuoso; Guzmán buscaría amigos en Alcalá para socializar, no para enamorar; su interés por Soto sería sólo solidario como compañero de galeras, no erótico.

¿Pero qué camaradería es la de Guzmán que entregó a Soto y compañeros a la muerte para así él “convertirse”? ¿Qué manutención meramente paternal podría ofrecerle su avaro suegro cuando desde un principio casó a su hija con Guzmán bajo un acuerdo comercial que expiró una vez muerta la hija? ¿Qué afán vengativo fue el de Guzmán con Sayavedra, que tras verse humillado numerosas veces por él, y apa-

rentemente no lo suelta hasta cobrárselas, aun así lo extraordinario de la venganza consistió meramente en sentirse simplemente a gusto cuando Sayavedra cae de la borda y se ahoga? ¿Qué interés por aprender bribiática de Sayavedra cuando sus enseñanzas llevan a Guzmán a la cárcel y a las vejaciones en Bolonia? ¿Qué puede ofrecerle Guzmán al embajador, a los capitanes y a otros miembros de las tripulaciones? ¿Conversar con ellos de cosas importantes, instruirlos sobre el éxito en los amores? ¿Revelarles cómo conquistar a las mujeres?

Si en algo se explaya la novela es en retratar con extremos caricaturescos los fracasos y los bochornos de Guzmán con las mujeres, a punto de poner en duda su virilidad. En Guzmán se da una y otra vez un ciclo fatal que subraya su torpeza con las féminas, sea la dama toledana (Alemán, 1984a: pp. 334-338), la moza del relicario (Alemán, 1984a: pp. 333-336), la criada de Malagón (Alemán, 1984a: pp. 341-345), Fabia y Nicoleta (Alemán, 1984b: pp. 90-102), la viuda de Zaragoza (Alemán, 1984b: pp. 301-319) y la moza de Zaragoza (Alemán, 1984b: pp. 312-317).

Primero se desvive en exhibir su guapura, y avanza a su pretendida con gran desplante, como torero partiendo plaza: “Estiréme de cuello, comencé a hinchar la barriga y atiesar las piernas. Tanto me desvanecía, que de mis visajes y meneos todos tenían que notar” (Alemán, 1984a: p. 332; cfr., Alemán, 1984b: pp. 97 y 318).

Segundo, la pretendida finge aceptar el acercamiento de Guzmán para poder robarlo. Guzmán es consciente de que lo roban, pero no se opone, como si pensara que el dinero asegurará lo que sus dudosos

atributos masculinos no pudieron, atraerla y gozarla:

Comencéme a desenvolver [...] la hembra [...] se defendía; empero [...] con tal industria [...] que, cuanto en muy breve espacio truje ocupadas las manos por su rostro y pechos, ella con las suyas no holgaba. Que, metiéndolas por mis faltriqueras, me sacó lo poco que llevaba en ellas. (Alemán, 1984b: p. 331; cfr. Alemán, 1984a, pp. 338 y 341).

Tercero, las damas se hacen escurridizas y no permiten a Guzmán gozarlas. Guzmán es engañado como el más bobo: “Así me fui con ella a los plateros y le compré un librito de oro muy galano, el que la moza escogió y ya el ama le habría echado el ojo. Con él se me quedaron, que nunca supe más de ama ni moza”. (Alemán, 1984a, p. 338; cfr., Alemán, 1984b: p. 314).

Cuarto, la humillación de Guzmán se acentúa porque, escondiéndose o huyendo de ser atrapado intentando ilícitos propósitos, se tropieza, cae, o se revuelca en asquerosa mugre, o se ve obligado a permanecer por largo tiempo en el frío y la humedad:

quedé metido en jaula en un sucio corral, donde a dos o tres pasos andados trompecé con la prisa en un montón de basura y di con la cabeza en la pared frontera tal golpe, que me dejó sin sentido [...] lodoso y pegajoso el suelo y no de muy buen olor [...] Quise volverme a salir y hallé la puerta cerrada por defuera [...] No sólo me afligía el agua que llovía [...] caíame a canal y cuando menos goteando. (Alemán,

1984b: pp. 93-94; cfr., Alemán, 1984a: p. 335 y Alemán 1984b: pp. 97 y 314).

Quinto, la humillación de Guzmán en su hombría culmina cuando esta queda expuesta a la burla del vulgo e incluso al maltrato y persecución por animales:

se soltó una borrica de la caballeriza [...] metió una mano en el esportón de paja. Yo, creyendo que fuese la señora [...] salté de la cama diciendo: “¡Entra, mi vida, daca la mano!” Alargué todo el cuerpo para que me la diese. Tóquele con la rodilla en el hocico; alzó la cabeza, dándome con ella en los míos gran cabezada [...] Salíome mucha sangre de la boca y narices [...] dando al diablo al amor y sus enredos [...]

Estaba llena la calle de gente y muchachos, que me perseguían con grita [...] Lo que me atribulaba era verme ladrado de perros; que, como agujujaba tanto, me perseguían cruelmente, y en especial gozquejos, hasta llegarme a morder en las pantorrillas. (Alemán, 1984a: pp. 342-343; Alemán, 1984b: pp. 100, 102)

Este ciclo humillante se repite constantemente en la novela. Aparece incluso en la tierna adolescencia de Guzmán cuando sirve al cocinero de Madrid. En un desventurado accidente, Guzmán y su ama se tropiezan ambos desnudos. Por el susto, caen y se revuelcan entre sobras y retazos de carnicería. A Guzmán inclusive lo muerden los gatos del corral y tiene que limpiar el excremento que su ama, en su huida, expulsa y derrama en los corredores (Ale-

mán, 1984a: pp. 309-311). La inhabilidad de Guzmán para lidiar con mujeres no solo se manifiesta en sus fracasados intentos de gozarlas. También se manifiesta cuando las goza o cuando está casado con ellas.

La primera mujer de la que dice “Hícele el amor” resulta que “mostróse arisca” (Alemán, 1984b: p. 321). Es una prostituta que Guzmán conoce en Madrid después de regresar de Italia. El gozarla le costó a Guzmán enredarse con la justicia y 200 ducados (Alemán, 1984b: p. 323).

En Madrid se establece como mercader y se casa. Así se convierte en socio de su suegro, reviste su vida con la honorabilidad del matrimonio, y, tal vez, como sugerí arriba, se le facilitan así sus relaciones ilícitas con ese hombre. En cualquier caso, lo único que significó para Guzmán ese matrimonio fue el haber sufrido por seis años a “la malograda” (Alemán, 1984b: p. 359).

De Gracia no puede negarse que se enamoró. Hizo a un lado su inminente ordenación sacerdotal para casarse con ella. Pero, ¿qué extraña belleza habría en Gracia que, cuando Guzmán la ve, con lo primero con que asocia su hermosura es con la de los ambiguos Cástor y Pólux? (Alemán, 1984b: p. 381) Ahora, Guzmán no se casa sólo por amor. Lo hace también porque así huye de las murmuraciones en Alcalá (Alemán, 1984b: p. 386). Y en último término Guzmán se convierte en chulo de su esposa.

Guzmán tiene una última amante antes de ser condenado a las galeras. Es la esclava del ama sevillana. Pero, aunque aquella se desvía por él, Guzmán no halla la manera de echarla de sí. Si la tolera es porque es la única que sabe de su ruindad en tiempos que él goza de buena reputación, y porque

facilita sus robos a la ama, y el satisfacer su gula por la confitería (Alemán, 1984b: pp. 432-433).

Conducta poco varonil

Esta gula por lo dulce desdice su masculinidad. En la novela, lo varonil son los asados, entre otros, las perdices, conejos, capones, acompañados con vino del Santo, como cuando se desvive por impresionar a la dama toledana. Cuando fracasa como hombre, Guzmán lo que hace es hartarse de pasteles (Alemán, 1984a: pp. 334, 336). Lo que lleva a identificar a otra compañía dudosa de Guzmán, el Cardenal que lo acoge en su casa e incluso le da cama: sus tesoros son la confitería (Alemán, 1984a: p. 428).

La obsesión de Guzmán por la vestimenta, las joyas, en fin, el verse guapo, es también un signo de su hombría insegura. Guzmán mismo identifica la vanidad sobre la apariencia como vicio mujeril: “no sin razón digo que la mujer, cuanto más se mirase la cara tanto más destruye la casa. Si esto es aún en mujeres vituperio, ¿cuánto lo será más en los hombres” (Alemán, 1984a: p. 118). Debido a su preocupación narcisista, cuando Guzmán intenta enamorar mujeres, se olvida de apreciarlas por estar más bien ocupado de la belleza de sí mismo. Si al aproximarse a la viuda de Zaragoza apenas nota sus “alegres ojos y rostro risueño” (Alemán, 1984b: p. 318), inmediatamente se olvida de la zaragozana y corrobora qué tan guapo luce él mismo:

a mi juicio, ninguno como yo. A todos hallé faltas, que me parecían a mí ventajas y sobras. A unos les faltaban los pies, y piernas a otros; unos eran

altos, otros bajos, otros gordos, otros flacos, los unos gachos y otros corcovados. Yo sólo era para mí sólo, el que no padecía excepción alguna y en quien estaba todo perfeto (Alemán, 1984b: p. 318).

Sin embargo, el mismo Guzmán se sorprende y ríe cuando luce varón frente a sus pretendidas. Junto a Nicoleta, nota que “Yo estaba muy galán, piernabierto”, cual si esta postura masculina suya fuera extraordinaria. Y como si el destino declarase impropio en Guzmán tal garbo, en ese momento un marrano lo atropella y revuelca en el lodo convirtiéndolo en hazmerreír de toda Roma (Alemán, 1984b: p. 97).

Sobre el afeminamiento de Guzmán hay muchas otras indicaciones. Según su propio juicio, están la venganza (Alemán, 1984b: p. 252) y la ya citada vanidad. Se pueden añadir su odio a las mujeres y su predilección por ambientes de trabajo y amistades exclusivamente masculinos, desde las pandillas de su adolescencia, hasta su constante ir y venir en las galeras (ya huésped, ya preso), pasando por el servicio suyo a hombres solteros como el cardenal y el embajador, en ambientes excluyentes de mujeres. Agréguese el travestismo de Guzmán (Alemán, 1984b: p. 443) y la de otros personajes de la novela (Alemán, 1984a: p. 434 y Alemán, 1984b: p. 86), además los gustos de Guzmán-narrador por intercalar novelas con personajes de ambigua sensualidad, por ejemplo, la intensa amistad de Valerio y Dorido (Alemán, 1984a: p. 460), el travestismo de don Rodrigo (Alemán, 1984b: p. 86) y el voyerismo del teniente frente al exhibicionismo de Bonifacio y Dorothea (Alemán, 1984b: p. 281).

Proceso de la pérdida de la vergüenza

Maravall calificaría todo esto como desórdenes de tipo social, no sexual. El fracaso de Guzmán con las mujeres lo explicaría en términos de antagonismo hombre-mujer postmedieval (a la mujer se la confina a los lujos señoriales del hogar para garantizar la línea de sucesión de nobleza y propiedad) (Maravall, 1986: pp. 647-648). Y la ostentación de Guzmán la explicaría en términos de arribismo y usurpación de puestos dentro de una escala social a la que no pertenecía (Maravall, 1986: pp. 550-551).

Sin necesidad de negar aquello, no habría tampoco de negarse esto: que la novela describe un proceso en que Guzmán pierde la vergüenza y se hace pícaro, proceso que, si bien incluye factores sociales como el hambre, la pobreza, la falta de oportunidades, el verse orillado a robar, a engañar, a aprender la bribiática, también incluye los cambios que sufre Guzmán por su desarrollo sexual:

Hágote saber —si no lo sabes— que es la vergüenza como redes de telarejo: si un hilo se quiebra, toda se deshace [...] De ti mismo es bien que tengas vergüenza, para no hacer, aun a solas, cosa torpe ni afrentosa (Alemán, 1984a: p. 254).

Viéndome perdido, comencé a tratar el oficio de la florida picardía. La vergüenza que tuve [...] perdíla [...] Y así debió ser, pues desde entonces tuve bostezos y calosfríos que pronosticaron mi enfermedad [...] me comencé a desenfadar y lo que tuve de vergonzoso lo hice con desenvoltura (Alemán, 1984a: p. 263).

Ya sabes mis flaquezas (Alemán, 1984a: p. 271).

A la noche mi enfermedad crecía, la cama no era muy buena ni más molli-da que un pedazo de estera vieja en un suelo lleno de hoyos (Alemán, 1984a: p. 273).

Libre me vi de todas estas cosas [...] excepto a la enfermedad, y para ella ya tenía pensado entrarme en un hospital (Alemán, 1984a: p. 287).

Hacia tanto calor que por buen rato me entretuve rascando y dando vuelcos, hasta que con algunas malas ganas me dejé ir a media rienda por el sueño adelante [...] Yo estaba en la cama, como nací del vientre de mi madre; no creí que nadie me viera (Alemán, 1984a: pp. 308-309).

Es de observar que cuando Guzmán habló de enfermedad y de afrenta en episodios previos, lo hizo para referirse a la homosexualidad de su padre:

¿todo cuanto has dicho es parte para que indubitamente mi padre fuese culpado? Y más que, si es cierta la opinión de algunos médicos, que lo tienen por enfermedad (Alemán, 1984a: p. 117)

¡Oh fealdad sobre toda fealdad, afrenta sobre todas las afrentas! (Alemán, 1984a: p. 119).

La función de la homosexualidad dentro de la novela

Parecería que la homosexualidad sirve solo en la novela como un vicio más del pícaro, qué digo, del converso, a quien se le atribuían en España multitud de defec-

tos: hipocresía religiosa, mezcla de sangre, dudosa paternidad, usura, vínculos con los banqueros italianos (Johnson, 1976: p. 166). Todas estas características corresponderían a Guzmán como hijo de cristianos nuevos. Si estas características se dieron antes en su padre, las mujeres con que Guzmán se relaciona son imagen de su madre (Brancaforte, 1980: p. 159; Johnson, 1976: p. v; Brancaforte, 1984, p. 42). Y se encuentran estas características presentes en el tío –hermano del padre– quien es italiano, hipócrita, usurero y permanece sospechosamente soltero en su ya avanzada edad (Alemán, 1984b: p. 246).

Aunque *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache* son dos obras picarescas, tienen sus diferencias, según apunta Francisco Zea:

Lázaro es una víctima social, y su comportamiento es el resultado de la necesidad de sobrevivir en una sociedad hostil. El pícaro del siglo XVI se siente incómodo con su conducta y está deseoso de trabajar y llevar una vida ordenada, pero son las circunstancias de la vida, la sociedad y el destino las que le obligan a torcerse en el camino de la vida. Por el contrario, Guzmán de Alfarache es un vagabundo que evita en todo lo posible el trabajo y que procura vivir sin remordimientos de sus astucias, de la mala ley, de engaños y de trapacerías. El pícaro de Mateo Alemán está revestido de todos los atributos más deplorables que degradan al individuo (Zea, 2013: pp. 298-299).

Si la naturaleza de Lazarillo no es mala sino resultado del vínculo de la pobreza y la picardía, concluye Francisco Zea Álvarez,

“Guzmán es un símbolo del pecado original del mundo” (Zea, 2013: p. 300). Y Juan Diego Vila, quien después de todo sí reconoce homosexualidad en Guzmán, va más allá:

Guzmán, en definitiva, es un monstruo, es ese marica [...] donde la mierda que lo cubre no significa otra cosa que la puesta en espectáculo público de su vicio sodomítico [...] Su afeminamiento –bien lo comprende el aprendiz de Adonis– no es sólo cuestión privada, sino que es un problema público. (Vila, 2015: sin página).

¿Es entonces la novela una diatriba contra el converso y el homosexual? Lo sería llana y disgustosamente si se redujera a presentar una caricatura del converso y el marica, si no hubiera un esfuerzo por trascender prejuicios sobre el cristiano nuevo y el afeminado, si su meta fuese sólo burlarse y marginar más a cualquier otra persona que por su marginación ya existente cayese en la categoría de pícaro.

Pero Alemán va más allá de los convencionalismos de su época. Aunque sobresalga la figura del pícaro a punto de ensombrecer lo demás, Alemán, con sensibilidad, no ignora anomalías sociales que orillan al pícaro a iniciar y continuar una vida desordenada: “nunca pudieron ser amigos la hambre y la vergüenza” (Alemán, 1984a: p. 264). Ya Maravall repasa cómo las novelas picarescas perciben los vicios de la sociedad en su época y proponen soluciones (Maravall, 1986). En particular, Alemán muestra una preocupación especial por las relaciones laborales, la mendicidad, la legislación de la usura y del matrimonio, y los sistemas penales y de justicia.

Alemán da tres pasos más allá, uno común a toda picaresca, y dos peculiares a su obra. Uno de estos últimos consiste en la habilidad de Alemán en no solo describir el comportamiento pícaro de su personaje, sino también explicar con detalle su tullimiento espiritual debido a su entorno social. El desarrollo sexual de Guzmán es enfermizo porque su entorno social también lo es. Este logro hace de *Guzmán de Alfarache* una obra no meramente burlesca sino además una obra de profunda reflexión moral; no es mero cuadro socarrón de costumbres, es una diagnosis y crítica ético-psicológica.

Uno más de los pasos peculiares se apreciaría mejor si recordamos la sentencia de sor Juana, “¿O cuál es más de culpar, aunque cualquiera mal haga: la que peca por la paga o el que paga por pecar?” Dese el desprecio hacia Guzmán por ser, según palabras de Juan Diego Vila, un monstruo marica. ¿Pero quién es peor? ¿Guzmán, el mendigo y siervo, o el embajador, el cardenal, los capitanes, los mercaderes y otros hombres poderosos que lo amanceban? Si en la novela hay una condena a la homosexualidad del pícaro, debe entonces haberla más severa a la sodomía de las élites de la época. Estas, sin hambre, perdieron la vergüenza.

Finalmente, algo que comparte esta novela con otras de su misma clase es su forma: la picaresca. Esta forma consiste en relatos sobre “pícaros”, unos personajes de bajas costumbres. Esta forma se magnifica en *Guzmán de Alfarache* por no quedarse en mera crítica de costumbres y abarcar también, como se ha dicho, una censura moral y de las élites. El rol del pícaro es la de anti-héroe. Con todo, también es el narrador y el protagonista. Es más, nos tutea a sus

más distinguidos lectores. No obstante su supuesta igualdad, el pícaro también se arroga el papel de mentor y nos habla con un lenguaje muy culto para moralizarnos. Por sus aires de santidad, parecería que sus lectores, no se diga la “gente bien”, debiésemos admirarlo a él, aun con toda su vida vulgar, como mejor al resto de los mortales; que deberíamos además humillarnos por nuestros pecados ante él, quien es muy superior a nosotros, y eso inclusive cuando, al final, la conversión del pícaro en persona virtuosa es muy dudosa, según ya ha reflexionado Brancaforte (1980). Sobre esta conversión dudosa baste señalar que Guzmán anuncia, al final de la segunda parte de la novela, una posible tercera parte, es decir, más sobre el pícaro Guzmán, más picardía.

Así, *Guzmán de Alfarache* no se reduce, de ningún modo, a una diatriba contra los homosexuales y contra los judíos conversos. Es una diatriba contra la sociedad hipócrita, sobre todo, contra las élites de su época y muchas otras épocas. De los hipócritas Mateo Alemán dice:

Desventurados dellos, que, haciendo largas oraciones con la boca, con ella se comen las haciendas de los pobres, de las viudas y huérfanos. Por lo cual será Dios con ellos en largo juicio. (Alemán, 1984b: p. 234).

Referencias

- Alemán, Mateo. (1984a). *Guzmán de Alfarache I*. Ed. Benito Brancaforte. 3ª. Ed. Madrid: Editorial Cátedra. Letras Hispánicas 86.
- Alemán, Mateo. (1984b). *Guzmán de Alfarache II*. Ed. Benito Brancaforte. 3ª. Ed. Madrid:

- Editorial Cátedra. Letras Hispánicas 86.
- Brancaforte, Benito. (1980). *Guzmán de Alfarache: ¿Conversión o proceso de degradación?* Madison, Wisconsin: The Hispanic Seminary of Medieval Studies.
- Brancaforte, Benito. (1984). Introducción. En Alemán, Mateo. (1984a). *Guzmán de Alfarache I*. Ed. Benito Brancaforte. 3ª. Ed. Madrid: Editorial Cátedra. Letras Hispánicas 86.
- Carrillo y Sotomayor, Luis. (1987). *Libro de la erudición poética*. Edición de Angelina Costa. Sevilla: Alfar.
- Gracián, Baltasar. (1944). *Obras Completas*. Madrid: M. Aguilar.
- Johnson, Carrol B. (1976). *Inside Guzmán de Alfarache*. Berkeley: University of California Press.
- Jones, Richard O. (2005). *Historia de la literatura española, vol. 2: Siglo de Oro: prosa y poesía*. Barcelona: Ariel.
- Maravall, José Antonio. (1986). *La picaresca desde la historia social*. Madrid: Taurus.
- Martínez, Ramón. (2011). Mari(c)ones, travestis y embrujados. La heterodoxia del varón como recurso cómico en el Teatro Breve del Barroco. *Anagnórisis*. 3. Barcelona: Universidad de Barcelona. Recuperado en www.anagnorisis.es/pdfs/ramon_martinez.pdf el 23 de abril de 2020.
- Rodríguez, Carlos A. (1980). *Aspectos pragmáticos de la narración en Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán*. [Tesis doctoral inédita]. Madison, Wisconsin: University of Wisconsin in Madison.
- Vila, Juan Diego. (2015). “Empero mi alma triste siempre padeció tinieblas”: Guzmanillo y el dolor de la sujeción minoritaria. En Michèle Guillemont y Juan Diego Vila, coordinadores (2015). *Para leer el GUZMÁN DE ALFARACHE y otros textos de Mateo Alemán*. Buenos Aires: Eudeba. Recuperado el 23 de abril de 2020 en <https://books.google.com.mx/books?id=w0RBDwAAQBAJ&pg=PT185&lpq=PT185&dq=Guzmán%20de%20Alfarache+homosexual&source=bl&ots=H18GC2bWuO&sig=ACfU3U3tVujkztdnKCJFHGz5OFGubyK5Og&hl=es&sa=X&ved=2ahUKEwjy7CK8v7nAh-VFT6wKHeA9CtoQ6AEwAHoE-CAsQAQ#v=onepage&q=es%20un%20monstruo%20C%20es%20ese%20marica%20&f=false>.
- Vila, Juan Diego. (2016). Guzmán de Alfarache y el caballero rico de galeras: Claves melancólicas de la clausura del relato. *EHumanista. Journal of Iberian Studies*. 34. Santa Bárbara, California. University of California Santa Barbara. Recuperado el 22 de abril de 2020 en https://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_ch/files/sitefiles/ehumanista/volume34/10%20ehum34.fr.vila.pdf.
- Zea Álvarez, Francisco. (2013). *La literatura cómica: análisis antropológico y comparado del motivo humorístico del viaje en la novela picaresca española e inglesa*. [Tesis doctoral inédita]. Valladolid, España. Universidad de Valladolid. Facultad de Filosofía y Letras. Recuperado el 22 de abril de 2020 en <https://uvadoc.uva.es/bitstream/handle/10324/4229/TESIS440-140204.pdf;jsessionid=E18DD39DF2F7C57D1DD8D80043AB2783?sequence=1>.